

menos el sueldo de un mes, en un mes algo habría encontrado; pero no tenía más que veintisiete liras y debía el alquiler del cuarto que solía pagar atrasado, y antes que faltar... Hubiera sido quitar el pan de la boca á esa pobre mujer y á su hija, que viven con gran estrechez y puede decirse que comen con mis diez y ocho liras: ni siquiera pensé en no pagarles. ¿Qué hacer? Era forzoso estirar más de lo posible las nueve liras que me restaban, y entretanto seguir buscando. Tuve un momento la idea de recurrir á mis compañeros, porque no conocía otros; pero ya comprenderá usted que en estos casos todos se ponen de parte del jefe, y ¿quién sabe?, me habrían vuelto la espalda ó hecho algo peor, aparte de que me repugnaba presentarme á ellos sin poder justificarme... Los dos primeros días comí en la casa de comida, porque aún restaba algo del abono que tenía pagado; y luego... No era cosa de seguir comiendo allí al fiado, porque en esa clase de establecimientos, adonde sólo van pobres diablos y bribones, si no se paga, no dan nada. No tenía, pues, salida; era forzoso resignarse. Pues bien, ahora diré á usted una cosa que le costará trabajo creer, pero que es la pura verdad. Con nueve liras no podía pasar más que seis ó siete días, comiendo pan y fruta; demasiado lo conocía, como también el que pronto llegaría el momento en que no me quedaría un sueldo. Y sin embargo, no sé por qué no lo podía creer; me parecía oír en mi interior una voz que me decía: ¡Es imposible! «¿Quién sabe, decía para mí, lo que puede suceder mientras tanto?» Ese día se acercaba poco á poco, y yo siempre esperaba que algún suceso imprevisto viniera á sacarme de aquel estado. Y cuando me preguntaba: «Pero ¿qué suceso será ese? — Mil,» me contestaba. Podía presentarse mi tío en Florencia, podía recibir una carta con dinero, encontrar á alguien que me diera trabajo

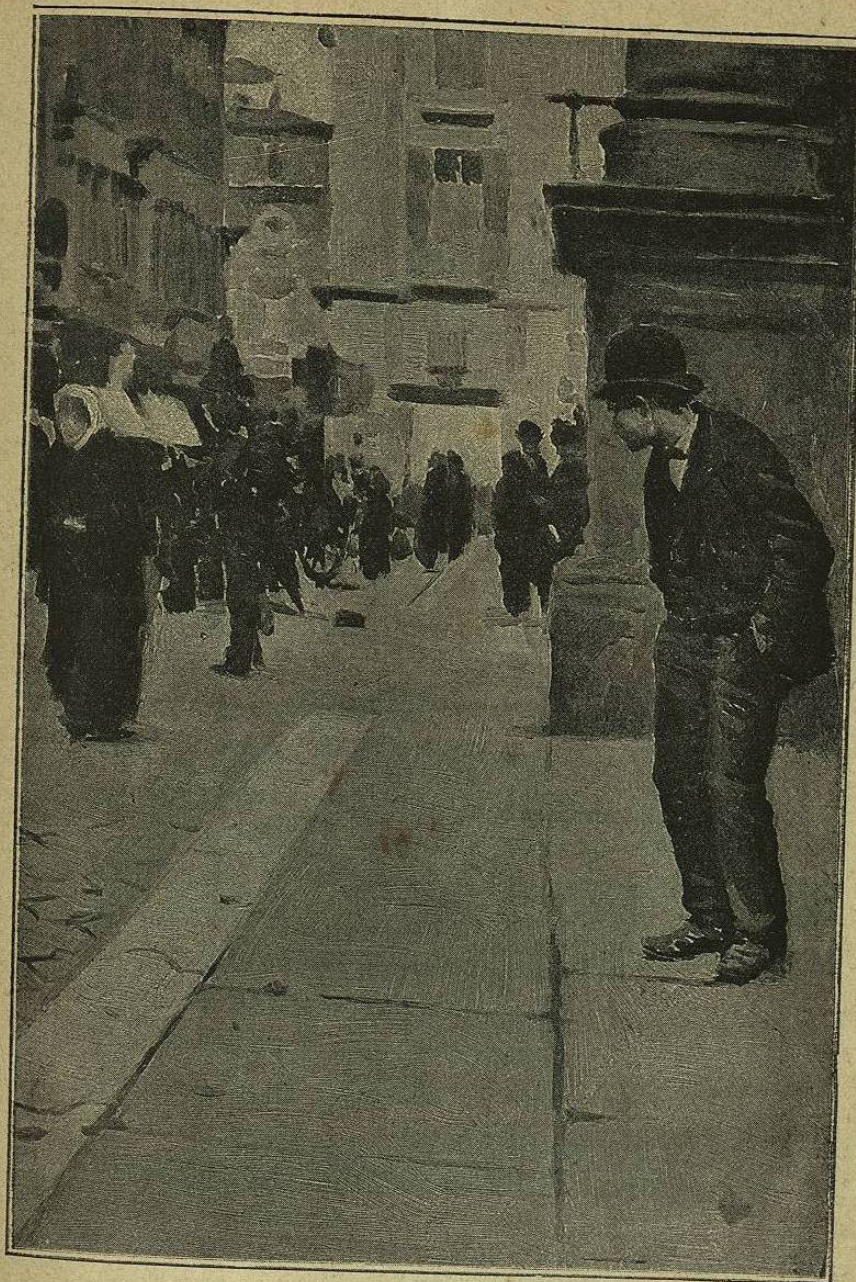
pronto y me pagase día por día. Pero cuanto más buscaba, menos encontraba, y eso de comer solamente pan y fruta no me sentaba ya bien, y lo que más sentía era que en casa habían notado que me debía haber sucedido algo extraordinario, y no sabía cómo librarme de las continuas preguntas que me hacían. No puede usted figurarse cuánto me hacía sufrir esa joven cuando se ponía á suplicarme y á llorar. Cien veces estuve á punto de decírselo todo, pero me contuve; á cualquiera otro se lo habría dicho, pero á ella no podía; me parecía que me habría muerto de vergüenza. Llegó finalmente el día en que gasté la última moneda..., y precisamente aquel día tenía más que nunca la seguridad de que me iba á suceder algo. ¿Padece hambre?, decía para mí. Necesito verlo para creerlo. Por la noche me retiré á casa más temprano; dormí algo agitado; mas por la mañana me desperté lleno de esperanza y salí casi al amanecer. La conciencia de no haber hecho nada para merecer una humillación como aquella, me daba una fuerza, un valor del que no puede usted formarse una idea; salí y, casi sin advertirlo, me encaminé á la estación del ferrocarril. No sé por qué, se me había metido en la cabeza que debía llegar mi tío ó algún amigo de Palermo. Llegó el tren, salieron los viajeros, los miré á todos uno por uno... Es una cosa extraña; pero le aseguro á usted que si alguien me hubiese escrito: «Llegaré tal día á tal hora, ve á esperarme,» no lo habría aguardado con más esperanza. No vi á ningún conocido, me retiré y empecé á ir y venir desde la plaza de la Catedral á la de la Señoría, por las calles Tornabuoni, Porta Rossa y Cerretani, mirando á la cara á todos los que pasaban como si buscase á alguien. Llegó el mediodía, transcurrió la hora del almuerzo y ni siquiera lo advertí. Solamente mi imaginación parecía adquirir más viveza, y sin notarlo apretaba el paso, como si me



urgiese llegar pronto á una cita. Fuí al correo, pregunté si había cartas para mí y me dijeron que no. Al salir del correo, se me ocurrió una idea: subí á la Biblioteca, pedí un libro y me puse á leer; no sé cómo, me absorbí tanto en la lectura, que no me acordé de mi estado y se me pasó el tiempo volando. De pronto oí un rumor que casi me dió miedo; la gente devolvía los libros y se dirigía á la puerta: se cerraba la Biblioteca. Yo también me marché. Era la hora de comer. Por las calles empezaba á verse ese movimiento acostumbrado del anochecer; los empleados salían de los ministerios y por todas partes circulaban carruajes. Empecé á ver la gente entrando en las fondas, y aquel fué el momento más triste; me acometió una melancolía que casi me daban ganas de llorar: ¡era la primera vez en mi vida que me quedaba sin comer! Pensaba en mi madre, en Palermo, en mi niñez, y me parecía que no era la misma persona de otro tiempo, que al volver de la escuela á casa encontraba siempre la mesa puesta. Sentí un desasosiego, una fiebre que me hizo correr casi, y llegué jadeante al jardín de la plaza de Azeglio..

— ¡Ah! ¿Era aquella tarde?, exclamó con voz conmovida su atento interlocutor. ¡Y usted no me dijo nada!

— El jardín estaba lleno de niños: excuso decir á usted qué sentimientos y qué ideas me engendró su alegría. Me saqué del bolsillo el retrato de mi madre y lo estuve contemplando un rato; luego, no sé por qué, me lo metí con su estuche en el sombrero y me lo puse en la cabeza; me sentía débil y cansado; quise probar á dormir y me adormecí. No sé cómo, se me cayó el sombrero; creo que el retrato saltó fuera de él, pasó algún niño; en una palabra, cuando me desperté ya no encontré el retrato. Indagué, rogué á las mujeres que estaban allí cerca que preguntasen á los niños, que me ayudasen á buscar: fué



Mirando á la cara á todos los que pasaban como si buscase á alguien



inútil, la gente se marchó y yo me quedé solo. La pérdida de aquel retrato en tal momento, en la situación en que me encontraba, fué un dolor inexplicable para mí; me pareció de mal agüero, sentí que me faltaba el ánimo, y entonces eché de ver por vez primera que estaba verdaderamente solo en el mundo y que era muy desgraciado. Entonces se me acercó usted...

— Pero ¿por qué no me habló usted?

— Quise hacerlo, pero no tuve valor; sólo al pensar que habría debido empezar por decir á usted: «¡Tengo hambre!» me quedaba sin palabra. Pero sus frases de usted me consolaron un poco. Volví hacia el centro de la ciudad; estaban ya encendidos todos los faroles, las tiendas iluminadas y las calles llenas de gente. Muchos salían de las fondas, alegres, con el rostro encendido, hablando en alta voz; yo andaba y andaba, sin saber adónde ni porqué, como soñando. Encontré algunos de los jóvenes que comían conmigo en la hostería, me saludaron riendo y haciendo un ademán como para decir: «¿Cómo es que no se te ve ya por allí? Uno me preguntó si quería ir al teatro. Paseé hasta muy tarde, y luego resolví volver á casa con el propósito de tener ánimo y decírselo todo á la patrona y á su hija. «Es necesario, decía para mí. Pero ¿qué dirán? No lo sé; que digan lo que quieran, yo no quiero morir.» Pero cuanto más me acercaba, más conocía que no me atrevería á hablar. Entré, saludé, abrí la boca para decir la primera palabra, dije otra, y me fui á la cama. Me costó trabajo dormirme, pero luego dormí profundamente y soñé mil cosas horribles. Me desperté cuando aún no había amanecido, y al pronto no me dí cuenta de la situación en que me encontraba; pero de repente pensé en ella y me senté en la cama asustado. Entonces formé mil proyectos: ir á presentarme al alcalde y contarle mi historia; no, mejor al gobernador, ó mejor todavía ir en



derechura á ver á mi antiguo principal, y decirle francamente, con ese acento que sale del corazón: «¡Soy inocente!» Todo me parecía natural, fácil; me vestí de prisa y salí. Mas ¡ay!, al asomar el sol todos mis proyectos se desvanecieron; pasé por delante del ayuntamiento, miré al centinela y seguí adelante; fui hasta la puerta de dos ó tres redacciones de periódicos, pero no me atreví á entrar; me parecía que, apenas hubiera entrado, todos, mirándome, habrían dicho: «¡Ese hombre tiene hambre!» Decidí parar al primer conocido que encontrase y pedirle prestadas algunas liras; encontré varios, los detuve y me preguntaron si no me sentía bien. «Sí,» les contesté mirándolos con recelo, y se marcharon. Pasó el mediodía; entonces comencé á sentir un abatimiento, una languidez, que apenas podía tenerme en pie, me flaqueaban las piernas y la imaginación trabajaba, trabajaba, como si tuviese fiebre; pensaba en las cosas más extravagantes, en personas, en sitios, en sucesos de otro tiempo; tenía en la cabeza una confusión y un vértigo que temía volverme loco. Luego fui sintiendo así como rabia, como odio á todos los que veía, teniéndolos por personas sin entrañas que me habían hecho algún mal. «Pero ¿es posible?, decía para mí. ¿Soy yo, yo mismo el que se ve reducido á tal extremo? Pero ¿quién soy yo? ¿Qué he hecho? ¡Tengo derecho á comer! ¡Quiero vivir!» Después sentí un agudo dolor en el pecho, una opresión, un malestar, como si me retorciesen las entrañas. Me senté no sé dónde, me levanté, no podía tenerme; tomé una resolución desesperada; fui al encuentro de un oficial, lo paré, le dije resueltamente: «Señor...,» él me miró, volví en mí, le pregunté la hora, me la dijo y seguí mi camino. Se me ocurrió la idea de matarme, pero la deseché; de pronto acudió á mi imaginación, no sé cómo, la imagen de la hija de la dueña de la casa, y vi en ella mi salvación. Era ya

de noche, apreté el paso cuanto pude, entré en casa, luché todavía un rato, y por fin se me escaparon aquellas malditas palabras: «¡Tengo hambre!» Fué una escena desgarradora; las dos pobres mujeres se echaron á llorar de un modo que partía el corazón... Pero una vez dichas aquellas palabras, ya no se podían retirar... Fué ayer noche. Esta mañana, apenas me levanté, pensé que debía ponerme á buscar trabajo; me acordé de la tarjeta que usted me dió, y he venido á recomendarme á usted. Tal es mi historia; perdóneme si le he aburrido con tan triste relato.

El joven napolitano, que le había escuchado con profunda atención, le estrechó la mano y le dijo con voz conmovida: «¡Muchas gracias!» Luego se levantó presuroso, pasó á otra habitación, se acercó á la ventana, y alzando las manos al cielo, exclamó: «¡Y yo me considero infeliz y me aburro, y veo que la vida es una lucha y no me encuentro con fuerza para sostenerla! ¡Ah, miserable, insensato é ingrato!»

## VIII

Ricardo (que así se llamaba aquel joven) empezó aquel mismo día á escribir y á hablar á los amigos y conocidos para ver de proporcionar un empleo á Alberto. Y lo hizo con tanto ardor y con tan firme propósito de conseguirlo, que casi no pensó ni deseó otra cosa; y sus melancolías desaparecieron y le renació la alegría. Tenía ya un objeto en el cual el corazón, la voluntad y la conciencia estaban de acuerdo, y no se necesitaba más para despertar la parte más noble de su individuo, que hacía algún tiempo estaba adormecida. Siempre tenía delante la imagen de Alberto, y además de la compasión que le inspiraba, le hacía comprender y apreciar por vez primera los